

superación de la libre competencia y su filial, la desocupación, el abarrotamiento de los mercados, los desastres financieros y la dramática amenaza de guerra permanente que, en definitiva, "exige una incesante movilización de todos los recursos materiales y humanos" (134).

Está arraigado en la cultura liberal el concepto que Rumney ofrece del Estado. Lo concibe como el "conjunto de instituciones gubernativas diferenciadas y coordinadas que sancionan y ejecutan las leyes, conservan el orden y mantienen fuerzas armadas para la defensa y la agresión" (134). Y dentro de esta línea, lo concibe "como una agrupación de poderosos intereses en conflicto, donde cada uno ejerce su presión sobre los demás en la lucha por la supremacía" (138-139). El liberalismo socializado de Rumney, como el de Hobhouse, se aleja del formalismo y se impregna de hondo contenido humano y social.

Este breviario sistemático de sociología es muy notable. A pesar de todas las observaciones, sea o no compatible su pensamiento con el del lector, significa una magnífica aportación a las ciencias sociales y a la sociología. Es un fruto tan minúsculo como sabroso de un brillante intelecto, al que secunda con gran eficacia su distinguido colaborador.

BALDOMERO CORES TRASMONTE

ORTEGA Y GASSET: *Una interpretación de la Historia Universal*. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

Cuando Ortega, después de una larga ausencia, reaparece ante el público español en el año 1948, lo hace inaugurando su "Instituto de Humanidades", con un curso de doce lecciones sobre la exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee "A Study of History", curso que sale impreso en el presente libro.

Lo primero que hace Ortega es mos-

trar a sus oyentes parte de la obra publicada de Toynbee, entonces "difícil de encontrar". Y acto seguido, más que a una exposición y examen de la doctrina histórica de Toynbee, se lanza a una violenta diatriba contra un autor desconocido. Desde negar que los internacionalistas ingleses posean capacidad para conocer una nación desde dentro, hasta casi el insulto personal, el curso de Ortega es, en buena parte, un caso práctico de su teoría del impropio. Culpa suya es la escasa difusión intelectual que tiene en España el historiador inglés, tan interesante y mucho menos conocido que lo fue en su tiempo Oswald Spengler.

Comienza criticando lo que llama el odio de Toynbee al concepto de nación, cuando lo que subraya Toynbee es que al estudiar la historia universal pretende desprenderse de dos perspectivas que habían obturado la realidad histórica: el nacionalismo y la especialización. Pretende hacer historia como "una experiencia imaginativa única", evitando la sustitución emotiva e intelectual de la humanidad por una nación. La idea de Ortega de nación, fundada de lo que pudiéramos llamar "cierta densidad de empresa", lleva ínsita una fuerte dosis de corrupción y atomización. Los recientes sucesos del Congo están dando razón a la frase del historiador inglés de que "el espíritu de nacionalidad es un agrio fermento del vino nuevo de la democracia en los odres viejos del tribalismo", frase a la que responde Ortega con iracundia.

Otra de las cuestiones debatidas es la del helenismo—al que Ortega no quiere ni llamar así—y del pueblo romano. Uno de los aspectos de la historiología de Ortega con sus variaciones sobre el Imperio Romano y su extraña incapacidad para reconocer al mundo helénico como fermento de nuestra actual civilización europea. Niega que la civilización minoica sea paterna de la helénica e incluso que exista un nexo de unión fuerte entre

la griega y la romana, sin tener en cuenta que Toynbee formula *ex hypothesi* la mayor parte de las cuestiones concernientes a la civilización de Mino (en cambio, él sustituye la influencia minoica por la mesopotámica, de radios de acción insospechados, pero sobre la que no es más explícito).

Ambos escritores están de acuerdo en que el caso de civilización cerrada—el más vasto campo de estudio histórico—es Roma. Sobre lo que no están conformes es sobre el tema, tan debatido, de las causas de disgregación del Imperio romano. Para Toynbee el primer síntoma del colapso es la aparición de un "tiempo de disturbios", que son sucedidos por un estado universal, al que sigue siempre un "interregno", e internamente por la transformación de la minoría creadora en minoría dominante, la aparición del proletariado interno—que dará origen a una religión universal, y el proletariado externo, la irrupción de los bárbaros en el Imperio. Para Ortega, por el contrario, en los pueblos primitivos nómadas no hay autoridad ninguna, sino solamente dos intermitentes: *el imperator* o emprendedor y el probador de alimentos. El primero es el que, ante la amenaza de otro pueblo, por sus cualidades personales reúne a los hombres de su propio pueblo, los organiza y prepara o dispone en plan de batalla. El *Rex* romano va a ejercitar con continuidad aquellas funciones intermitentes, de aventura, que eran las del *imperator*, palabra que durante siglos, después de la Monarquía, no suena bien y va siendo abandonada y vuelve a aparecer simplemente como distinción secundaria que se da a un general después de que ha ganado la guerra. Trajano, a principios del siglo II después de Cristo, es el primero que emplea oficialmente el título de *Imperator*. Todos los anteriores no aciertan a nombrarse; para César, es un nombre personal. En Augusto, no es el nombre fundamental que designa su poder, sino que usa diez o tal vez doce nom-

bres distintos. Es decir, que los jefes del estado más poderoso que ha existido nunca, no sabían cómo nombrar su función, no encontraban títulos legítimos, legales, con qué designar su derecho al ejercicio del poder. Termina Ortega su lección V diciendo: "Era que la historia del pueblo romano había llegado a poner el pie en esa zona a que un día han llegado casi todas las historias que conocemos: a la zona en que la legitimidad ha desaparecido de su mundo". Insiste en un concepto que ya había esbozado en su libro "Del Imperio Romano", pero que resulta bastante superficial, ya que más adelante dice que la legitimidad originaria, prototípica, la única compacta y saturada ha sido, en casi todos los pueblos conocidos, *el rey por la gracia de Dios*, ya que pura no hay otra. En este sentido, la pérdida de legitimidad coincide con la pérdida del contenido divino de los que mandan, es decir, que la falta de legitimidad es nada más que un aspecto parcial de la secularización, entendiendo este término como la pérdida histórica de religiosidad. Ortega no ha llegado a estas últimas consecuencias de su idea.

Dos factores básicos positivos en el crecimiento de las civilizaciones son la acción de "reto-y-respuesta" y el movimiento de "retiro-y-regreso". Ortega solamente discute la primera, afirmando que más que motor histórico es parte constitutiva del drama vital, sobre cuyo descubrimiento mantiene su primacía. (Causa extrañeza que no reivindique la prioridad del segundo concepto con su obra "Ensimismamiento y alteración".)

Muchas de las ideas de Toynbee son falsas o mal aplicadas, pero hay que tener en cuenta la exposición hipotética del autor, que solamente las hace atacables por los flancos y, en muchos casos, por falta de documentación histórica, solamente pueden yuxtaponérseles otras teorías. No explican, desde luego, el encono con que las ha tratado Ortega.

Como ocurre con frecuencia con los libros de Ortega, lo mejor es su seminario periférico de ideas, las consideraciones marginales de toda índole —estudia la etimología de veintisiete palabras, el origen neurótico del estado (el imperator surge de un estado de trance), etcétera...

En el mismo año, en 1948, Ernst Robert Curtius, escribe sobre Toynbee y su estudio de la historia (V. "Ensayos críticos acerca de la literatura europea". Tomo II. Barcelona, 1959). Se trata de una tarea artísticamente expositiva, hecha *sine ira et studio*, que obliga a establecer un paralelismo con la labor orteguiana de este curso, a favor de Curtius, desde luego, porque la tarea primordial en toda faena intelectual es, según el prudente Spinoza, entender, "sed intelligere".

JOSE LUIS LOPEZ CABANELA

LEON POLIAKOV y JOSEF WULF:
El Tercer Reich y los judíos. Barcelona, 1960.

Este libro es casi un expediente administrativo, porque en él se recopilan una cantidad de documentos burocráticos sobre el problema judío en el Tercer Reich. Ha sido construido para provocar una unilateral y catártica reacción en el lector: el terror por el reciente exterminio de seis millones de humanos. Pero a pesar de esta saludable reacción, surge en seguida otra de perplejidad intelectual. El problema fundamental no es el de la matanza a escala masiva, ni el de la matanza en sí. Como dice Ortega, todos los estados han empleado como última solución de sus problemas la violencia, y el caso nazi es un ejemplo más de esta realidad, pues la liquidación, el progrom gigantesco, es posterior al fracaso del plan pacífico de desaparición de los judíos de la geografía teutónica (del llamado "plan Madagascar"). El problema está en explicarse las causas del odio a los judíos, más todavía, en his-

torificarlas, ya que el atavismo no explica sin más la continuidad del odio. Hay que preguntarse si se repele al judío por las mismas razones en la edad media que en nuestros días. en Alemania o en España (donde todavía se vende—en Burgos—el símbolo de la estafa de un héroe español a los judíos, me refiero al cofre del Cid). Y si se encontrase una uniformidad de motivos, indagar si con conscientes o inconscientes, y aun en este caso sería luminoso conocer las causas de la transposición del odio al inconsciente. Es un deber de los judíos, sobre todo de sus intelectuales, explicarse y explicarnos por qué se les odia, y no relatarlos los frutos históricos de este extraño "jus persequendi" que se han irrogado todos los pueblos europeos. La literatura de victimario opera de revulsivo, pero es insuficiente. Poliakov y Wulf explican superficialmente la etiología de esta matanza apocalíptica: se la atribuyen a las concepciones biológicas y pseudocientíficas del profesor Günther y a una ideología místico-religiosa, neomaniquea, en la que el principio maligno está encarnado principalmente por los judíos.

En el plano psicológico se descubre que la llamada "solución final" de los judíos se hizo a costa de un increíble esfuerzo moral, naturalmente, de moral claramente nietzscheana, en tres aspectos:

a) los dirigentes nazis y el personal planificador de los exterminios tenían perfecta conciencia de que estaban obrando en contra de la moral tradicional, realizando prácticamente un cambio axiológico de valores. Lo prueban varias frases de Eichmann e Himmler, y el slogan propagandístico de la Gestapo, consistente en la máxima de Nietzsche: "lo que no te aniquila te hace más fuerte".

b) la conciencia de estar obrando bajo los principios de una moral nueva es correlativa de la conciencia de que la mayor parte del pueblo alemán no está preparado para asimilarlos. De ahí